



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Martínez Álvarez, José Manuel
NATURALIZACIONES DEL MARXISMO REGULACIONISMO, ANÁLISIS SISTÉMICO Y
AUTONOMISMO

Bajo el Volcán, vol. 2, núm. 3, segundo semestre, 2001, pp. 201-212

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600312>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NATURALIZACIONES DEL MARXISMO
REGULACIONISMO, ANÁLISIS SISTÉMICO Y AUTONOMISMO*

José Manuel Martínez Álvarez

RESUMEN

El artículo critica el regulacionismo, el marxismo sistémico y el autonomismo filosófico de Tony Negri por fundarse en positivities. Las tesis centrales de esas teorías tienen carácter afirmativo de lo dado; al “naturalizar” a la sociedad y al sujeto, esas teorías no alcanzan a plantear de un modo radical la cuestión de la negatividad de lo dado y del sujeto de la negación.

ABSTRACT

The article criticizes regulationism, systemic Marxism and the philosophical autonomism of Tony Negri because they are founded in positivities. The central theses of these theories affirm the given; in naturalizing “society” and the subject, these theories fail to offer a radical means of questioning the negativity of the given and of the subject of the negation.

Los supuestos “realistas” de la teoría marxista subsisten en muchas formas contemporáneas de la teoría social que no son radicalmente críticas. La propia teoría marxista, abandonando la crítica, se constituyó en una teoría afirmativa de tipo fundamentalmente político o económico. Sin embargo, el desarrollo histórico derribó las formas históricas que se pre-

* Este artículo es una versión resumida de las conferencias dictadas en el Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP en febrero de 2001.

sentaron como alternativas estatistas al capitalismo y, con ello, las teorías marxistas fundadas en doctrinas económicas o jurídicas también entraron en crisis al no responder ya a objeto empírico alguno. No obstante, el marxismo contemporáneo reformuló sus supuestos, dando lugar a tres formas teóricas que se presentan a sí mismas como alternativas a las corrientes dominantes en el ámbito académico. Me refiero a la concepción sistémica del marxismo, al regulacionismo y al autonomismo filosófico.

Cada una de esas concepciones tiene una tesis central criticable, por su redundancia con las teorías dominantes y por su carácter estrictamente afirmativo de lo dado, es decir, por la ausencia de una consideración adecuada de la cuestión del sujeto. La tesis central del marxismo sistémico es la autopoiesis del capital, basada en la idea luhmaniana de la independencia de cada una de las esferas sociales (la sociedad, el Estado, la economía, etc.) y el carácter auto-organizativo de los procesos que las regulan. La teoría marxista, en este caso, sirvió a la naturalización de los propios programas neoliberales y fue el caballo troyano para la introducción de la resignación ante “lo dado” y sus reglas técnicas. El regulacionismo, por otro lado, sustituye la teoría de la crisis de Marx definida por mesetas de orden capitalista. Ambas son teorías objetivistas, fundadas en un presunto equilibrio del sistema social. En cambio, el autonomismo filosófico de Negri (1994), supone el desequilibrio. Partiendo del magma de las relaciones sociales antagónicas, hace aparecer “sujetos” que expresan las tendencias de las “fuerzas productivas” hacia la constitución directa y sin mediaciones de lo social. La eliminación de la dialéctica en este autor tiene en común con el estructuralismo regulacionista y con el marxismo sistémico, no sólo la expulsión teórica del sujeto y sus figuras racionales, sino la propia simplificación de las maquinaciones del dominio y de la lucha.

Sin embargo, esas tres corrientes expresan formas de lo contemporáneo que una vez negadas no pueden ser “suprimidas”, ya que la crítica no hace desaparecer la efectualidad cultural y societaria de la globalización y de los flujos de monetización en los que pone el énfasis el análisis sistémico, ni las respuestas organicistas de los comunitaristas-regulacionistas, ni mucho menos a las subjetividades “anómalas”. Es más,

el horizonte de lucha en el que quiere insertarse “salvajemente” la subjetividad autonomista está dado tanto por la “revolución” neoliberal como por la “reacción” corporatista, cuya dinámica, aún negada, supera “objetivamente” a la lógica positiva de la autoafirmación. Pero la crítica sí puede otorgar interioridad a la dialéctica sujeto-objeto, reteniendo como momentos suyos cada una de las figuras negadas como momentos constitutivos del sujeto de la negación. Y sin interiorización negativa de la dialéctica, con sus positividades y negaciones, no hay salida para la oclusión objetiva del sujeto de la negación.

MARXISMO SISTÉMICO

Comencemos con una referencia a la cuestión del valor y de la autopoiesis en el marxismo sistémico. Para Jessop (1990) el valor no representa ninguna sustancia, es un lugar teórico análogo al del lenguaje en el estructuralismo. El lenguaje y sus estructuras permiten la articulación del deseo, pero es sólo el análisis del sujeto deseante y de su deseo actual y real el que tiene algún sentido. En la misma dirección, Jessop argumenta que las formas valor y Estado, sólo son formas de análisis si se las sobre-determina. Es decir, que no puede entenderse la especificidad histórica del capitalismo sin referirse a las ramificaciones complejas de la forma-valor; pero la forma-valor no determina el curso de la acumulación de capital. Con esa concepción del valor, Jessop acepta la tesis hoy dominante entre los liberales.

Para la teoría de sistemas, la autopoiesis es una propiedad de un cierto tipo de sistemas y puede ser definida, en esencia, como una condición de radical autonomía; emerge cuando el sistema en cuestión define sus propios límites en relación con su entorno, unificándose al desarrollar su propio código operacional, implementando sus propios programas, reproduciendo sus propios elementos en un circuito cerrado, obedeciendo a sus propias leyes de movimiento. Cuando un sistema alcanza lo que podríamos llamar su “autonomía auto-poiética de vuelo”, sus operaciones no pueden seguir siendo controladas desde afuera (el Estado). Los teóricos sociales de la autopoiesis argumentan que las sociedades modernas han

visto desarrollarse muchos de estos sistemas a lo largo de líneas funcionales y han llegado a ser tan diferenciadas y policéntricas que ningún centro podría coordinar todas sus diversas interacciones, organizaciones e instituciones; ni hay ningún sistema funcionalmente dominante que pueda determinar el desarrollo social “en última instancia”. Entonces, no cabría plantear la “reglamentación” por un sistema supra-ordinado (regulacionismo) y la compatibilidad, si es que existe alguna, entre diferentes sistemas autopoieticos; esto sería sólo el producto de una co-evolución ciega. Las operaciones internas de reestructuración estarán siempre gobernadas por los esfuerzos para mantener sus formas básicas de organización. Si bien hay un “momento” de verdad en la teoría de sistemas, en el sentido de que las relaciones sociales capitalistas no se caerán por sí solas, resulta totalmente inaceptable el lugar del sujeto en esa teoría.

La teoría de sistemas “naturaliza” lo social, otorga al todo un lugar “ontológico” de supremacía absoluta sobre el sujeto cuyas disidencias sólo actuarían como detonantes de nuevos ajustes sistémicos. Por el contrario, el capital es una relación social contingente, siempre antagónica, reforzada por violentos actos de dominio. Es decir, el sistema en sí mismo nunca alcanza una autoregulación absoluta. El valor está siempre relacionado con la crisis, en el sentido de que las relaciones de producción nunca están aseguradas por sí mismas, porque no configuran un sintagma significativo fuera del cual el sujeto no encuentre sentido, sino todo lo contrario. Es en el valor de uso, en el consumo y la destrucción del capital, donde el sujeto se encuentra a sí mismo y no deja de procurarse esa identificación consigo mismo que las relaciones capitalistas le niegan.

La relación dialéctica entre las categorías y la noción de valor, niega una relación meramente abstracta (económica) entre ellas; en cambio, deduce sus relaciones concretas de las formas sociales históricamente dadas. El “valor” tiene un grado de abstracción mayor que otras categorías porque señala a las formas de valorización actuales y su desarrollo siempre dinámico remite, entonces, a lo central de las relaciones sociales capitalistas, la crisis permanente de la socialización capitalista y su dominio. Una concepción dialéctica no puede sino negar que los sistemas sociales y en particular la sociedad capitalista global resulten idénticos al

flujo de pagos autopetruado; debe llamar la atención sobre la crisis permanente del sistema y por ello no puede volverse “conservadora” y atrincherarse en lo social nacional-corporativo. En ese plano no hay mucho que salvar. De todas maneras, la fuerza del dinero, el capital financiero, resulta “objetivamente” dominante. Las sociedades nacionales o los colectivos que asumen su “representación”, no son el sujeto de la negación. La autoafirmación nacional radical es –y en eso tiene razón la teoría sistémica– parte del problema y de la solución de los equilibrios capitalistas. Es más bien su crítica la que nos puede llevar a un grado más radical de negación del sistema global, y a partir de ese horizonte podrá volverse a plantear la cuestión del sujeto.

REGULACIONISMO

La concepción corporatista aparece como la contracara de la concepción sistémica al estar asociada a la crítica al neoliberalismo, al que busca detener desde formas orgánicas de lo social. Sin embargo, en las actuales condiciones de desarrollo del mercado mundial, el Estado no goza de autonomía para controlar los principales efectos adversos que la acumulación capitalista acarrea a la sociedad humana. Si hay un momento de verdad en la concepción sistémica, es que la globalización ha vuelto a los Estados formas necesarias para la acumulación capitalista, pero sin otra “autonomía de vuelo” propia que la del mantenimiento de la coerción sobre la fuerza de trabajo.

Hoy la concepción corporatista suele apoyarse en los estudios de los regulacionistas. El enfoque regulacionista comenzó siendo una forma de análisis de las relaciones capitalistas de producción centrado en el análisis de la moneda. Aglietta en su estudio sobre la moneda (Aglietta, My Orléan A., 1990) analizó históricamente el sentido institucional e instituyente de la moneda, no concibiéndola como un mero instrumento de cambio ni como una herramienta de política financiera. Para él, la moneda es la ley del intercambio capitalista, constituyente de sujetos y de formas de trabajo. La moneda también institucionaliza las sociedades al regular las crisis del capitalismo. El aspecto naturalista de este enfoque

es que entiende que todas las crisis terminan por ser reguladas y ello porque son esencialmente regulables. Si la moneda es una forma instituyente insuperable, la historia como lucha entre sujetos ya no tiene sentido, ya que habría un absoluto –la moneda– que siempre la trascenderá. En ese caso, a los socialistas sólo les quedaría una opción (“necesaria”) que es la colaboración de clases. Para Aglietta, la moneda tiene el carácter de lo “absoluto”, la institución de la moneda es el momento decisivo del proceso de socialización. Su argumento central en lo que hace a la teoría de las crisis, es la especificidad de las grandes crisis. Aglietta funda esta especificidad en un realismo económico descriptivo de tipo sociológico-histórico, cuyos supuestos centrales son que el mercado no es un mecanismo sino una institución y que la relación salarial es regulable y regulada con intervención institucional en su doble aspecto, como costo y como fuente de poder adquisitivo. Coherentemente, las fases de regulación también se definen de un modo institucional.

Es necesario retener que el regulacionismo no considera relevante relacionar causalmente las crisis importantes (las que produjeron cambios de régimen de acumulación). Ese es un rasgo que comparte el realismo epistemológico regulacionista con el análisis de la crisis de las escuelas del equilibrio capitalista. Para estas últimas, las crisis no dependen del funcionamiento interno de la economía, sino que se deben a causas externas, aleatorias; por eso cada crisis es distinta. Para el regulacionismo tampoco hay tendencias comunes que permitan relacionar las distintas crisis que marcan cambios de estadio, ya que la des-proporcionalidad resultante en los distintos departamentos de la economía también es contingente, sesgada por la tendencia a la intensificación y automatización de la producción siempre creciente. El obstáculo fundamental para la acumulación resulta ser el limitado consumo de la masa de la población, lo que en última instancia repercute en la tasa de ganancia, provocando su caída.

En contraposición podemos señalar, siguiendo a Clarke (1994), que precisamente atando las crisis a una teoría no determinista (pero que diga algo acerca de lo esencial de las relaciones capitalistas de producción) se puede superar el sustancialismo de las teorías monetaristas. Es la contradicción entre la mercancía como un valor y la mercancía como

valor de uso, la barrera sustantiva que el capital no puede superar. Como se puede observar de nuevo, la naturalización de un aspecto del funcionamiento social fracasa en su explicación. El déficit teórico vuelve a estar del lado del sujeto.

AUTONOMISMO

En el contexto objetivista de las ciencias sociales contemporáneas, el autonomismo filosófico resulta interesante en tanto que produjo una teoría del sujeto. De acuerdo con la tradición realista del pensamiento europeo, Negri (1993) destaca dos conceptos: potencia que es siempre posibilidad de constitución de un sujeto, y multitud, el principio subjetivo constituyente de la democracia y de las demás formas políticas modernas. La espontaneidad del ser, de la que Negri extrae esos conceptos, se funda con Spinoza para quien la existencia no es un problema ya que cada momento de la existencia, aunque producto de la espontaneidad, está materialmente determinado. Para Negri, la espontaneidad de la existencia corresponde a la espontaneidad de la producción. Desde la pura y simple existencia, se pasa a las formas de producción y a partir de esa producción emerge un sujeto a liberar.

La autofundación del ser, se relaciona simplemente con la constitución del poder y la composición de clase. Resulta cuanto menos curioso que a fuerza de materialista, el marxismo se haya asociado después de Marx al realismo aristotélico que como filosofía expresó a la sociedad orgánica y autoritaria de la decadencia republicana griega. Aunque teniendo en cuenta la tradición organicista y autoritaria del aristotelismo medieval y moderno, no resulta tan curioso que las sociedades que buscaron una fundamentación "realista" hayan sido las sociedades autoritarias y orgánicas, desde el realismo soviético hasta la vuelta al realismo griego de los nazis. Más extraño resulta que Negri, un radical en política, busque fundar el marxismo en una ontología realista. Pero hay en este autor plena conciencia de esa operación teórica. Descarta (por su "cinismo") otras formas contemporáneas de pensamiento negativo, pero también es consciente de que el "sistema" metafísico resultante no debe tender a la

autoclausura sino que debe abrirse a la utopía. Ahora bien, si toda dialéctica corre el riesgo de reproducir un cielo idealista de relaciones platónicas, todo realismo de los universales corre el riesgo contrario de confiar aporoblemáticamente en el sujeto constituido “naturalmente”. Un mundo de potencias aristotélicas corre el riesgo de quedar condenado, en su pretensión descriptiva abstracta de lo dado, a concebir de un modo mítico al sujeto como creador absoluto de su mundo y al cambio como catástrofe, como destrucción de sustancias y relaciones.

Spinoza, en el periodo formativo del pensamiento moderno, había buscado dar movimiento al mundo parmenídeo de Aristóteles, desarrollando la noción de potencia a partir de una ética, de una normatividad ontológica (lo que es desde Hume una contradicción en los términos). La subjetividad, tal como es propuesta por Negri, no otorga su lugar al objeto cuando esta subjetividad se expresa de un modo constituyente (Negri, 1994). En ese momento, la subjetividad es como un dios creador, completamente libre, no sujeta a error. Pero el objeto no puede ser sólo deducido del sujeto ponente y creador que a su vez es una suerte de “emanación” del todo material, sin caer en una circularidad irracional. Toda la coherencia del pensamiento constitutivo de Negri se funda en el hecho de que el sujeto ponente absoluto hace su aparición histórica a partir de la forma contemporánea del trabajo, una forma de síntesis entre sujeto y objeto, ambos transformados en un proceso común. Pero tanto el carácter de la trascendencia negativa del dominio, como el de la exterioridad de la relación antagónica de producción quedan ocluidos en un inmanentismo voluntarista, en última instancia irracional.

El problema de la lógica afirmativa de Negri es precisamente su apodicticidad analítica. Ya en Kant los juicios analíticos son pura tautología y en Hegel la dialéctica es siempre una fenomenología contingente, una historia de la conciencia, una historia del arte, una historia del Estado, una historia de las formas de producción, una historia de la lucha entre dominantes y dominados. Pero en Negri, la alegría de la utopía resulta, más que de la experiencia fenomenológica de los sujetos, de la potencia misteriosa de su ontología subjetiva. Las formas productivas hipostasiadas en sujeto, más que sujetos constituidos y constituyentes de

una historia de lucha, remiten a las fuerzas naturales o naturalizadas de producción. El infinito de la libertad queda atrapado en la pura materialidad de la determinación, ése era el límite del clasismo determinista. Pero la radical autonomía de la síntesis de la libertad sólo puede fundarse dialéctica y negativamente. La dialéctica se interioriza y las formas de la represión social son maquinadas por el mismo sujeto, constituido contra los límites de la determinación. Por eso, el trabajo de liberación del sujeto no es espontánea y ontológicamente colectivo. La subjetividad liberada y liberadora es una relación nueva y creada por sujetos que ya han interiorizado el proceso de negación, espontáneamente creadores del nuevo sujeto colectivo. No hay una ontología que no sea una imposición al sujeto ya que toda ontología implica una restauración del orden y, en última instancia, implica una restauración de la autoridad.

El ontologismo subjetivo abre las figuras del pensamiento político y filosófico moderno sin confiar plenamente en la capacidad creadora del sujeto; en *Empire* (2000), Negri y Hardt dicen que serían anarquistas si no hablaran desde el punto de vista de la materialidad constituida en las redes de cooperación productiva, desde el punto de vista de una humanidad que se constituye productivamente a través de un “universal”, el concepto y la realidad de la libertad. Hay en su pensamiento algo contradictorio y no resuelto porque inmediatamente y aventando los espectros del pasado histórico y su crítica, afirman que ellos no son anarquistas, sino comunistas que han visto cómo los gobiernos fuertes han acarreado mucha represión y destrucción a la humanidad, exactamente cuando los circuitos de la cooperación productiva han hecho a la fuerza de trabajo capaz de constituirse a sí misma en gobierno. En lugar de apuntar directamente a la forma Estado y a las relaciones capitalistas de producción, intentan superar toda dialéctica y toda trascendencia o relación entre estas formas proponiendo una inmanencia directa pero que, sin embargo, es gobierno.

Toda la belleza libertaria del pensamiento de Negri es amenazada cada vez por un retorno del orden que sólo puede venir del pasado, ya que en el pasado marxista hay una filosofía y una práctica realista del orden; la crítica sólo puede ser radical si es liberada de sus supuestos naturalistas y fiscalistas, del orden rígido de lo natural. El límite de la crítica marxista

economicista y política es su exterioridad y particularmente la ausencia de una crítica del sujeto del cambio, lo que la hace sucumbir a la identidad con lo real mismo.

El marxismo sistémico y el regulacionismo son una buena expresión de lo dado más que formulaciones radicales de una teoría de cambio radical de las relaciones entre los sujetos entre sí y con relación al dominio y la forma capitalista de producción. Son un paso en tanto que parten de una crítica al determinismo y a la ontologización de lo social, auténticas reificaciones, pero sus conceptos son insuficientes para la superación de la comprensión estructuralista del sujeto. La concepción de Negri, en cambio, sucumbe a una falta simétricamente contraria, al ontologizar la concepción del sujeto y sus virtualidades desde el punto de vista de un sujeto que es inmanente al todo material del que es un productor/producto, oscila entre una crítica inmanente y una trascendente y enfrenta también caprichosamente lo social y lo político como lo inmanente o lo trascendente al sujeto.

Negri en su argumentación “moderna”, critica el carácter hipostático de la concepción “trascendentalista” del Estado en autores como Hobbes, pero se olvida del carácter constitutivo de las ficciones culturales. Las construcciones psíquicas y sociales que se fundan en un “como si” no son menos “reales” que las fundadas en el “ser”. Las ficciones son constituyentes y no basta con una crítica empirista (a lo Bacon) para que no actúen. Ellas, aun criticadas continúan organizando la socialización productiva y la constitución subjetiva. El límite que Negri pone a la deconstrucción negativa es un mal límite que depende del principio represor de realidad; las ficciones actúan como fantasmas, como configuraciones represivas que impiden la productividad del concepto y la confrontación del objeto con su no-verdad. La crítica teórica del sujeto y de la sociedad actúan como la crítica estética, no por la eliminación de las obras criticadas o sus conceptos sino haciendo explotar ese objeto, haciendo de su singularidad –en este caso teórica– una expresión del objeto acerca del que la obra o la teoría nos hablan. Sólo es fructífero el pensamiento crítico que desata la fuerza almacenada en su propio objeto y la desata al mismo tiempo a su favor (haciéndole encontrarse consigo mismo) y en contra suya (al recordarle que aún no es él mismo).

CONCLUSIÓN

De las corrientes marxistas o post-marxistas contemporáneas puede recuperarse, fundamentalmente, la negación teórica del determinismo y del sustancialismo metafísico, la afirmación del sujeto y su potencial creativo. En cambio, debe criticarse filosóficamente y políticamente la reducción de lo social a lo dado en tanto que, sistema o forma de regulación y la reducción de lo subjetivo a producto determinado de lo social. Debe mantenerse la negatividad de la dialéctica de la que surge la utopía de una síntesis de la libertad; ni la recuperación ni la crítica dejan de ser momentos negativos de lo dado; sólo una lógica negativa permite constituir nuevas positivities. La cuestión de la productividad de la negación es compleja porque los sujetos no son meros cuerpos; están constituidos dialécticamente e internamente; no son simples sino que obedecen consciente e inconscientemente a ficciones cuya fenomenología negativa excede en mucho a la crítica de las ideologías a la manera estructuralista. No se trata tampoco de oponer ficciones a ficciones, ideologías a ideologías, en cuyo caso entramos en el mundo paranoico del absolutismo. La izquierda no puede recuperarse sin el abandono de un naturalismo social pre-marxista (materialismo vulgar). La crítica es tal, si es la negación de las formas de relación y subjetividad impuestas al sujeto por las “realidades” objetivas (siempre idénticas en cuanto dominio y represión, aunque cambiantes en su forma). La crítica de las teorías marxistas que fetichizan las relaciones, haciendo idéntico pensamiento y realidad (realismo) es urgente; la crítica es ante todo crítica de la religión y de eso se trata cuando la teoría o las prácticas que se dicen liberadoras se vuelven formaciones represivas. No se trata de obtener una teoría científica verdadera, sino de realizar cada vez un análisis desfetichizante que permita liberar las energías creadoras del sujeto interiorizando la negación.

La crítica moderna operó como crítica de las hipóstasis; es decir que, una vez demostrado el carácter erróneo de una teoría, simplemente se olvidaba. Pero la crítica contemporánea, después de Marx y Freud, no puede olvidarse de las teorías criticadas ya que es consciente de que éstas operan fetichizando la realidad de las relaciones entre los hombres e

intervienen en la conformación superyoica del sujeto. La liberación no puede fundarse en la pura inmanencia de la lucha que, como lo sabemos por la historia del fascismo, puede desviarse por razones subjetivas; tampoco puede descansar en la pura alegría de la Utopía, en vista de que buena parte de las formaciones utópicas conscientes e inconscientes también merecen ser criticadas (en su nombre se cometen y cometieron muchas atrocidades). En cambio, la lucha por la realización de relaciones intersubjetivas creativas y satisfactorias puede ser racional, pero para ello la crítica necesariamente debe ser radical.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T. W., *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1986.
- Aglietta, M. y Orléan A., *La violencia de la moneda*, México, Siglo XXI, 1990.
- Clarke, S., "Marx Theory of crisis", St. Martin's Press, New York, 1994.
- Jessop, B., *State theory: putting states in their place*, Penn, Penn State, 1990.
- Negri, A., *La anomalía salvaje: Ensayo sobre poder y potencia*, en B. Spinoza, Barcelona, Anthropos, 1993.
- Negri, A., *El poder constituyente: Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994.
- Negri, A. y Hardt M., *Empire*, Cambridge-London, Harvard University Press, 2000.